

Catres, gallineros, tiendas de campaña... Los estados de ánimo cambian con el clima, y en *El África fantasmal* llueve constantemente.

Los negros reconocen a los blancos, y se las ingenian para cobrar por el teatro que representan frente a sus ojos. Nada es como debió ser hace centenares de años y, no obstante, Leiris registra minuciosamente lo que le dicen sus informantes acerca de ceremonias y costumbres rituales, como la circuncisión en los hombres y la ablación en las mujeres. Adquiere máscaras, atuendos, muñecas y todo tipo de enseres que pasarán a formar parte de las colecciones de los museos. Se decepciona, se hastía y continúa escribiendo en las páginas de su diario. "Todos los espectáculos posibles se derrumban y se desvanecen tras la magia de los relatos, que hacen que esta vida sedentaria en un edificio de estación sea mucho más intensa que la que podríamos llevar si, como turistas, nos paseáramos. Es una gran declaración de guerra contra lo pintoresco, una risotada en las narices del exotismo. Como el que más, me siento poseído por este vicio glacial de la información" (15 de agosto). La prosa de Leiris oscila entre ese "vicio glacial de la información" y la relación de los sueños propios y los ajenos. El apego a la cronología y la bienvenida a la digresión y al tajo.

La incorporación de Leiris a la misión Dakar-Djibouti comporta un sesgo político distintivo. En las páginas de su diario, Leiris no pasa por alto que la suya es una estadía prolongada –e incómoda– en un continente colonizado, ni deja de subrayar la farsa que se desprende de este tipo de aventura del conocimiento: después de siglos de vasallaje violento y esclavitud, el hombre blanco europeo se enternece con el negro hasta el punto de sentir conmiseración y curiosidad por sus costumbres rituales y su relación con el mundo de lo mágico, lo simbólico y lo sagrado. El saber tiene un precio y genera cargos y rotaciones en la conciencia: "constato con estupor, que sólo tiempo después

se transforma en asco, que a pesar de todo se siente uno muy seguro de sí cuando es blanco y sujeta un cuchillo en la mano" (7 de septiembre). El texto de *El África fantasmal* es lo suficientemente permisivo para reconocer en el robo y el saqueo dos de los requerimientos de la ciencia etnográfica. Pero lo otro también es cierto: sin los estudios de Griaule sobre los dogones de Mali no sabríamos lo que hoy sabemos sobre el comportamiento "extraño" de la mente primitiva; y sin las noches insomnes de Leiris no sabríamos que el "continente africano" –lo que este simboliza– es una parte perdida de nosotros mismos.

En el plano de la literatura, *El África fantasmal* constituye una rareza. Es un recorrido, la cronología de un estupor. Y uno de los últimos libros de viaje que tuvo sentido escribir en el siglo XX. —

— GABRIEL BERNAL GRANADOS

ENSAYO

Elecciones por usos y costumbres



David Recondo
La política del gatopardo / Multiculturalismo y democracia en Oaxaca
México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2007, 486 pp.

Afortunadamente la importancia del libro de David Recondo, *La política del gatopardo / Multiculturalismo y democracia en Oaxaca*, no radica en su contribución al debate sobre la conveniencia de implantar elecciones mediante usos y costumbres en las regiones indígenas del país; de lo contrario sólo cabría lamentar su tardía aparición. En efecto, dicho debate parece haber perdido toda vigencia. No parece que ningún estado de la república tenga la intención de seguir el camino –o más bien el callejón sin salida– en

que se adentró Oaxaca en 1995. Entre otras cosas porque sólo ese estado tiene tantos municipios con una población tan reducida, y lo que puede no causar excesivos problemas en pequeños municipios de mil electores –es decir, el llevar a cabo elecciones municipales sin reglas del juego claras y sin un árbitro con poderes bien definidos– puede resultar catastrófico en uno de diez mil o más votantes. Por otra parte, parece muy difícil que los partidos políticos acepten dejar de participar en las contiendas locales después de haberlo hecho con éxito en los últimos diez años. Casi todos ellos –incluido el PAN, del que se supone que no tiene ningún arraigo en las regiones indígenas– han alcanzado la presidencia municipal en varios municipios poblados en su mayoría por hablantes de alguna lengua mesoamericana.

Por si esto fuera poco, el autor del libro intenta defender una posición moderada con respecto a la polémica sobre las virtudes y los defectos de las elecciones por usos y costumbres, posición que no será del gusto ni de tirios ni de troyanos. Distingue dos tipos de municipios: unos en donde las elecciones por usos y costumbres han permitido a los caciques consolidar su poder, y otros en los que este tipo de comicios han abierto nuevos espacios políticos y han contribuido a arraigar el pluralismo. El punto débil de esta posición es que, según los ejemplos que maneja Recondo, los municipios en los que las elecciones por usos y costumbres han dado mejores frutos son aquellos en los que la costumbre se ha inspirado en las reglas de la democracia electoral: voto universal, padrón de electores, competencia entre planillas distintas, boletas y urnas para garantizar el secreto del voto, etc. Con lo cual, el lector termina por preguntarse qué ventajas tienen las elecciones por usos y costumbres cuando hacen posible que surjan problemas y debates que en el resto del país han quedado totalmente superados: ¿tienen las mujeres derecho a votar y a ser votadas?, ¿pueden participar en los comicios los habitantes de las agencias

municipales o sólo pueden hacerlo los que tienen su domicilio en la cabecera?, ¿qué autoridad puede zanjar una disputa electoral?, por mencionar tan sólo los más usuales.

El gran mérito de *La política del gatopardo* no es, pues, regresar a ese viejo debate sino ofrecernos una rica y precisa etnografía del poder político en Oaxaca en dos niveles muy distintos, aunque estrechamente ligados entre sí: las altas esferas en las que se mueven el gobernador, los diputados y los intelectuales indianistas; y el mundo de los pequeños intereses locales.

La narración de cómo se gestó la primera reforma que autorizó la realización de elecciones por usos y costumbres —los intereses políticos del gobernador; el papel de sus asesores indianistas; las dudas y contradicciones del PRD que ve cómo el PRI usa una de sus banderas políticas para intentar frenar su avance en el campo— no tiene desperdicio. El libro ayuda también a comprender cómo lo que en un principio era una buena idea que ampliaba los derechos de los electores —permitir que, además de las planillas de los partidos políticos, pudiera competir también una comunitaria— terminó, con la segunda reforma a la ley electoral en 1997, restringiendo dichos derechos al prohibir la participación de los partidos políticos en los municipios que optaran —por cierto, de manera nada transparente— por el régimen de usos y costumbres. Además, esta segunda reforma dejó sin reglas electorales mínimamente definidas a estos municipios.

La última parte del libro está dedicada al análisis de la vida política y de sus inevitables conflictos en siete municipios de tres regiones del estado: la Región Mixe, los Valles Centrales y la Costa del Pacífico. Los claroscuros de la política local en el México contemporáneo aparecen retratados con precisión. Por el lado de las sombras: el poder económico y político casi ilimitado de los caciques; la permanencia del clientelismo; la exclusión política de las mujeres; la intolerancia hacia

los disidentes de todo tipo (oposición política, iglesias evangélicas, etc.); y la manipulación de las asambleas comunitarias. Por el lado de las luces: la movilización de los ciudadanos para frenar los abusos de sus autoridades; el arraigo del ideal de la soberanía popular, expresada a través del voto mayoritario; y la negociación de nuevas reglas políticas entre adversarios.

Finalmente, *La política del gatopardo* permite entrever los nuevos problemas a los que se enfrentan los municipios hoy en día. Durante siglos una de las funciones más importantes de las autoridades de los pueblos de indios —y luego de los municipios— fue la de recaudar los tributos y las contribuciones que estos debían dar al Estado. Desde hace unas dos décadas, por el contrario, los ayuntamientos deben administrar los fondos que reciben para construir caminos, escuelas y edificios públicos; dotar de servicios —agua, luz, drenaje— a la población y apoyar proyectos productivos. Ninguna tradición los había preparado para esto. En cambio, las altas esferas de la política nacional les han enseñado que esos fondos pueden ser desviados para provecho personal. El problema de la corrupción en la administración municipal no es materia de interés para los medios de comunicación nacionales —salvo que se trate de alguna gran ciudad—, pero está haciendo estragos en el campo, sin que nadie acierte a frenarla. El poder excesivo del presidente municipal ante su cabildo, la insuficiente representación de las minorías en este y unas formas de control estatal totalmente formales y burocratizadas —que dificultan en alto grado el manejo del presupuesto por parte de los no especialistas, pero que no evitan su desvío a través del cobro de comisiones a los contratistas— no ayudan obviamente a solucionar este gravísimo problema.

Hay que agradecer al autor, pues, este acercamiento a los problemas actuales de los municipios rurales del país, aunque sea a través de un debate político que ha caído en el olvido. —

— JUAN PEDRO VIQUEIRA

ENSAYO

El escritor como cómplice



Gustavo Guerrero
Historia de un encargo: La catira de Camilo José Cela / Literatura, ideología y diplomacia en tiempos de la Hispanidad
Barcelona, Anagrama, 2008, 304 pp.

En contraste con la profusión de estudios sobre el mecenazgo clásico, muy poco se ha dicho sobre lo que ocurre con esa institución o sus vestigios a partir del romanticismo. En ocasiones se ha señalado que el Estado socialista o capitalista mediante sus aparatos culturales sustituye la acción del mecenas o que los *mass media* burgueses lo despersonalizan convirtiéndolo en una serie de mecanismos de producción remunerada. *Historia de un encargo*, de Gustavo Guerrero, replantea la discusión, revelando que la modernidad no ha eliminado del todo prácticas que juzgábamos arcaicas o extintas. Este libro, de hecho, sienta las bases para una teoría del mecenazgo en la literatura actual.

El corpus que examina es transatlántico. En la década de 1950 dos dictaduras de derecha, la española y la venezolana, se comunican a través de un prestigioso embajador literario: el joven Camilo José Cela. La ambición de este, sumada a su destreza en el trato con la alta sociedad, lo hacen digno de recibir un encargo: la redacción de novelas que dieran a conocer al mundo y, en particular, a la Hispanidad —ansiosamente construida por el franquismo para compensar su aislamiento—, la Venezuela postulada por los allegados al coronel Marcos Pérez Jiménez. Como apunta Guerrero (Caracas, 1957), en páginas de magnífica historia cultural, ya el régimen venezolano imponía en los espacios públicos, como signos del “Nuevo Ideal Nacional”, el bolivarismo —culto al héroe ungido de autoridad política— y el llanerismo com-